

México y Cuba: historia, amor y otros misterios

Rafael Carralero

Asociación de Intercambio Cultural "José María Heredia"

Afirmar que existen vínculos históricos entre México y Cuba es cosa fácil, y bien sabida, aunque todavía no tengamos una explicación definitiva. Infinidad de eventos han incidido en uno y otro pueblo desde los tiempos de la Colonia; eventos grandes y pequeños, acontecimientos casi cotidianos han sido compartidos por mexicanos y cubanos. La permanente convivencia entre personalidades importantes de la cultura y la historia de las dos naciones es también perfectamente conocido, pero todavía no se ha logrado explicar de manera definitiva la naturaleza y peculiaridades de estos vínculos, quizá, porque más allá de las razones históricas hay un universo de fenómenos que parecieran estar más cerca de la magia que de la historia. Probablemente en el terreno de otras disciplinas de las ciencias y las humanidades, sobre lo cual volveremos luego.

Si observamos en detalle y sin apelar a particularidades o individualidades, habría que reconocer que no son tantos, como puede pensarse, los rasgos comunes en cuanto al carácter del cubano y el mexicano. Hay grandes diferencias en el comportamiento general,

expresado, quizá, en la cotidiana existencia de estos dos pueblos. Digamos que el cubano promedio es directo, extrovertido, duro en sus expresiones, a veces pareciera que agresivo. El mexicano suele ser mucho más introvertido, parabólico y “suave” en sus formas y expresión. El cubano es desinhibido por naturaleza y excesivamente confiado; el mexicano, es más tímido, inhibido y desconfiado, casi siempre. Sin embargo, podría asegurar, que no existe otro ciudadano del mundo que reciba igual afecto de los cubanos. En Cuba siempre se ha tenido a México como un referente de amor y simpatía. En México los cubanos han encontrado siempre un lugar hospitalario y de oportunidades incomparables.

Es obvio que la música, en particular, ha contribuido a estrechar sensiblemente estos lazos de amistad, la literatura, las artes plásticas y el cine han hecho también un aporte significativo, probablemente determinante, lo cual hemos de ver más tarde. No hace falta decir, que el intercambio espontáneo que se produjo entre cubanos y mexicanos en las luchas por la independencia, digamos, y otras contiendas militares como la lucha para la expulsión de los franceses de México, ayudaron en el mismo sentido. Sin embargo, acontecimientos parecidos ocurrieron, en el caso de Cuba, con otras naciones de la región, sin que ello implicara un acercamiento de la naturaleza que sucede en relación con México. ¿Qué ocurre entonces con este vínculo que está más allá de la cercanía geográfica e incluso del temperamento y el carácter de ambos pueblos? Cualquier respuesta improvisada puede no rebasar el ángulo de la especulación sin fundamento científico. Decir que se debe a la historia aderezada con magia puede que se acerque a la realidad, pero no dejaría de quedar un poco en el terreno de lo especulativo. Ni la historia ni la “magia” serían suficientes en sí mismas para explicar la magnitud del acercamiento mutuo. Hablo, desde luego, de ese elemento mágico que parece estar en la cultura de nuestros pueblos; en el comportamiento, en las leyendas y en sus cosmogonías o visiones del mundo.

He tenido el privilegio de trabajar durante un cuarto de siglo aspectos culturales con y sobre ambas naciones. Desde la Asocia-

ción y el Comité Internacional que presido, he propiciado cada año el encuentro de centenares de mexicanos y cubanos en ambos países, sobre todo, de mexicanos que han viajado conmigo a eventos culturales importantes. He escrito en varias publicaciones mexicanas sobre la presencia cubana en México y confieso que cada vez me siento más lejano de una explicación convincente y definitiva. Mi profesión de escritor, de novelista en particular, me ha permitido incluir a las dos concreciones culturales, por así llamarle, en mi obra personal, pero no termino de preguntarme, mucho menos de responderme, hasta dónde el alcance, el misterio o las magnitudes del fenómeno.

Decía de mi experiencia personal dada por ese intercambio cultural del que he sido un poco protagonista u organizador durante más de 20 años. Experiencia edificante, por un lado, pero incómoda por otro. De tales intercambios han surgido muchas uniones amorosas, no todas de final feliz, pero lo que sí vale la pena apuntar es que he sido testigo de la fiesta que ha implicado los encuentros anuales entre los mexicanos que viajan con nosotros y los cubanos que persiguen por las ciudades, especialmente en Santiago de Cuba, los eventos artísticos de los mexicanos. He visto el modo peculiar de relacionarse, nada semejante a lo que ocurre con ciudadanos de treinta o cuarenta países que acuden también cada año, digamos, a la Fiesta del Fuego o Festival del Caribe. Vale decir que el cubano suele ser hospitalario y gentil con todo el que llega de otras latitudes, pero en ningún caso encontramos esa empatía que se da con el mexicano.

Si revisamos la historia de las relaciones de Cuba y República Dominicana, por poner un ejemplo, encontraremos vínculos asombrosos. Máximo Gómez, el generalísimo; dominicano y héroe cubano, fue figura principal en las guerras independentistas cubanas. Conoció como pocos, tal vez mejor que muchos de los propios nacionales, el carácter y la naturaleza cubana, tanto que llegó a apreciar que el cubano o “no llega o se pasa”. Este concepto que ha sido manejado en todos los tonos del análisis y del humor cubano, sigue siendo una verdad poco discutida, aunque generalmente asumida

con hilaridad por los isleños. Nada es más parecido a un dominicano en su modo de decir y actuar que un habitante de Santiago de Cuba. No digo que no existan lazos profundos de amistad y cariño entre los habitantes de aquellas islas caribeñas, pero aseguro que nada comparable con la cercanía México-cubana.

En los últimos 20 años se ha producido un éxodo de cubanos hacia México, que probablemente no tiene precedente en América Latina. En consecuencia, las familias formadas por cubano-mexicanos es cosa que está por investigar. Quiere decir, que a los vínculos sociales, culturales, históricos, etc., se añaden ahora los sanguíneos, los amorosos y, desde luego, no pocos casos de decepciones, incompatibilidades, despechos y rencores de lo cual no está exento el fenómeno.

Justamente a los investigadores les espera la dura tarea de explicar el modo peculiar en que ambos pueblos se identifican, porque hay un ángulo de estas relaciones, que, como señalé anteriormente, parece tener un componente mágico, que está más allá de la historia y la cultura compartidas.

Vale señalar que la presencia en México de dos de las personalidades esenciales de la historia y la cultura cubanas, tienen mucho que ver con la esencia y trascendencia de tales vínculos. José Martí que, según mi parecer, fue el hombre más lúcido de la segunda mitad del siglo XIX en Hispanoamérica. Un legítimo panamericanista que conoció como pocos la historia y la vida de nuestros pueblos. Martí fue el héroe por antonomasia de Cuba, el organizador e ideólogo principal de la última gesta independentista cubana. Para él México fue su segunda patria, aun cuando de manera natural lo fuera España, porque era hijo de españoles y resultado directo de la cultura ibérica. Varios momentos de su vida transcurrieron en México, donde maduraron sus ideas políticas e intelectuales, donde contrajo matrimonio con la mujer que le dio a su único hijo, aun cuando aquélla fuera también cubana. En México tuvo a su mejor amigo, Manuel Mercado, y escribió algunos de sus artículos, ensayos y poesías más ilustres, como es el caso de ese prodigioso tratado que aparece con el título de Nuestra América.

En México, Martí conoció y compartió con algunos de los intelectuales más destacados de la época, entre ellos, Gutiérrez Nájera, con quien compartió no sólo la grandeza literaria, también las preferencias estilísticas del modernismo, un movimiento del que Martí fue precursor y Gutiérrez Nájera uno de sus principales cultivadores.

Publicó en diversos medios, entre ellos la *Revista Universal* y participó activamente en la vida intelectual del país. El ideario democrático de Martí le permitió apreciar con relevante simpatía la política exterior mexicana, con la que simpatizó y lo expresó con toda claridad.

Si sabemos que Martí es el héroe nacional, el apóstol de la República de Cuba, y México fue el sitio donde encontró al mejor amigo y el acomodo para madurar sus ideas, no hay dudas entonces de que esta figura es razón grande para explicar lazos de amor y lealtad que unen a ambos pueblos, pero insuficiente si hablamos de la hondura de tales vínculos.

Sin embargo, mucho antes de que naciera Martí, en México vivió, murió y realizó lo más importante de su vida intelectual y política, el poeta José María Heredia, un hombre que después de un peregrinar con sus padres por varios puntos de América Latina, vino en un primer momento acompañando a sus padres y aquí, a los 16 años escribió *En el Teocalli de Cholula*, que tengo la certeza fue la primera expresión romántica de la lengua española. Nacido en Santiago de Cuba, casi por azar, Heredia vivió antes de llegar a México, en República Dominicana, Venezuela y Pensacola, Florida.

En su segundo momento en México, que fue definitivo, lo trajo Guadalupe Victoria, quien en carta expresa invitó al poeta, desterrado entonces en Nueva York, a que se trasladara a tierra azteca. Después de incontables peripecias y de haberse encontrado con Santa Anna, de quien llegó a ser secretario, para terminar distanciados y enfrentados, Heredia se trasladó a Toluca donde fue editor, maestro, director de Instituto Literario que luego sería la Universidad Autónoma del Estado de México; diputado y magistrado, entre otras cosas. En Toluca, Heredia recibió la solicitud del padrino de

Simón Bolívar, y redactó el primer reglamento para una escuela indigenista de América.

Martí, ese hombre de estatura inconmensurable llamó a Heredia el poeta de América, lo consideró su maestro y lo vio como el símbolo de la identidad cubana. En México, Heredia no sólo fue un legislador del estado de México, fue el adelantado de Hispanoamérica que supo comprender, a tiempo, las desdichas que los héroes de ayer le ocasionaban a sus pueblos después. Se opuso en 1833 a que se le otorgara el galardón de benemérito de la patria a López de Santa Anna y otros generales, porque además de conocer de cerca al personaje, vio con asombro y tristeza la conducta autoritaria de muchos de los libertadores de Hispanoamérica, ahora convertidos en flagelos de sus pueblos y protagonistas de guerras intestinas que bañaron de sangre el suelo de la América hispana.

Queda claro, entonces, que José María Heredia, ese legítimo e insuperable ejemplo de cubano-mexicano, fue un adelantado de su tiempo y un hombre que con su ejemplo influyó en tierras mexicanas. Sus críticas a la ausencia de democracia y a la necesidad de conquistar naciones verdaderamente libres y capaces de reivindicar a sus pueblos tienen total vigencia, y son legados insustituibles para México y en toda la región.

Es incuestionable también, que esta figura fue y es un aporte de primer orden para explicar la magnitud de los vínculos cubano-mexicanos, pero sigo sospechando que faltan estudios que pueden estar en el terreno de otras disciplinas que no son precisamente la historia y la sociología. Pienso en la antropología vinculada con la sicología, en la filosofía y en particular en estudios en los que se vinculen la historia del arte, la estética y la sociología del arte, que apoyadas en la historia, hurguen en cuestiones del ritmo, la imagen y la literatura.

Aunque lo he mencionado con anterioridad, creo que la música, el cine y la literatura pueden acercarnos a la mejor y más acabada explicación de un acercamiento humano que probablemente no tiene antecedentes en nuestra región. La empatía entre los dos pueblos ha de tener otras aristas, pero creo que las disciplinas apuntadas pueden dar una visión nueva al fenómeno, hasta ahora sólo parcialmente estudiado.